María Madre de Dios

Nm 6,22-27; Sal 66; Gal 4,4-7; Lc 2,16-21

A los ocho días después de Navidad, la Iglesia celebra solemnemente la divina maternidad de María. Es una fiesta que cae el primer día del año civil y que desde varios decenios está dedicada a la paz. Concentrémonos en María de quien, en la perícopa lucana, se dice, entre otras cosas, que «...por su parte conservaba estos eventos meditándolos en su corazón». Dichos eventos van desde su vocación de adherirse al proyecto de Dios para Ella, a la total acogida de este desconcertante ofrecimiento de matrimonio, al consiguiente Misterio de la Presencia que la habita y que ella será llamada a dar a luz, junto al de permanecer virgen; desde la grandeza de lo que le ha sido anunciado, a la pequeñez y a la humildad de cómo este evento inmenso se ha realizado y se ha manifestado. María – dice el texto greco de Lucas–, respecto a todo esto, se hace sumballousa, es decir, pone juntas todas las "piezas" que componen este "puzle" divino, porque sólo conservándolos todos se comprende que se puede captar plenamente la verdad, la belleza y, sobre do, hacerlo plenamente suyo (¡y nuestro!). María no pierde nada. Tiene junto al Ángel y a los coros celestiales en el establo, la divinidad de su Hijo con el pesebre donde ha nacido, su realeza acogida por los pastores, con el rechazo de esta humilde y divina señoría de parte de los poderosos y de los notables. Entra así inmediatamente en el misterio pascual de cruz y resurrección que sólo revela plenamente también a ella la identidad de Aquel que ha generado. Y también nosotros debemos entrar siempre en este movimiento para poder – como los pastores de Belén – dar gloria al Señor con toda nuestra vida por lo que, gracias a Ella y a su maternidad nos ha dado: ¡Dios mismo!

En aquel tiempo, [los pastores] fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que el ángel les había dicho de este niño, Y cuantos escuchaban lo que decían los pastores, quedaban admirados. María, por su parte, conservaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios porque todo lo que habían visto y oído era tal como les habían dicho. A los ocho días, cuando lo circuncidaron, le pusieron el nombre de Jesús, como lo había llamado el ángel ya antes de la concepción.

Muchas veces
y de muchas maneras
en los tiempos antiguos
Dios ha hablado
a los padres por medio
de los profetas,
últimamente,
en estos días,
nos ha hablado por
medio de su Hijo.

En cada nación, los habitantes desarrollan la dimensión social de sus vidas, configurándose como ciudadanos responsables en el seno de un pueblo, no como masa arrastrada por las fuerzas dominantes. Pero convertirse en pueblo es todavía más, y requiere un proceso constante en el cual cada nueva generación se ve involucrada. Es un trabajo lento y arduo que exige querer integrarse y aprender a hacerlo hasta desarrollar una cultura del encuentro en una plumiforme armonía (EG 220).

©AVE, *Coraggio, sono io.* Azione Cattolica Italiana – www.azionecattolica.it